

Reproducción

Tomo II. No. 28 - 5 de Junio de 1920

H
056
R4257rep
C.R.

Director:

Estas Jiménez Rojas
San José, Costa Rica
Apartado 230

REFORMA SOCIAL Y SOCIALISMO

N. Murray Butler

Administrador:

Manuel Gutiérrez González
La Dolorosa

Imprenta Falco & Borrásé



¿República o Autocracia Socialista?

POR NICHOLAS MURRAY BUTLER

(Ligeramente abreviado por E. J. R.)

Destrucción es la palabra de orden en nuestros días. Un criterio embrionario acompaña a una acción desconsiderada y morbosa. Se invoca en todas partes la fuerza militar, económica o política como árbitro de las diferencias, en vez de apelar a la razón y la justicia.

Aparentemente se encuentra ahora el mundo más lejos del orden y la paz de lo que se hallaba el once de noviembre cuando cesaron las hostilidades. En esta orgía del pensamiento viciado y del uso erróneo del lenguaje, se dislocan las palabras apartándose de su ordinario significado y se emplean para extraviar la opinión pública por medio de interpre-

taciones falsas. Se llama ahora idealista al doctrinario, se califica al liberal de conservador y se hurta la noble definición de liberal para cubrir la desnudez del revolucionario. Es tiempo ya de disipar la niebla en que vivimos y de retroceder a los principios originales y al criterio recto por la vía del sentido común sólido y práctico y de la experiencia humana.

La piedra angular del gobierno de la nación y de la vida norteamericana es la libertad civil del INDIVIDUO. Los fundamentos de esta libertad están proclamados en la declaración de independencia y expresados en la Constitución de los Estados Unidos. Nuestro gobierno no asume el poder absoluto y pleno ante cuyo ejercicio sólo corresponda al ciudadano inclinar la cabeza en aquiescencia humilde. Por el contrario, nuestro gobierno tiene facultades claramente definidas y especificadas, y la constitución dispone que las facultades que sus estatutos no otorguen expresamente al gobierno o prohíban a los estados, queden reservadas respectivamente a los estados.

y al pueblo. Esto significa que los poderes que el pueblo no ha juzgado conveniente otorgar al gobierno nacional o al de los estados continúan bajo la acción popular para que se ejerciten de acuerdo con los fueros de la ciudadanía. Más aún; hay muchas cosas que el gobierno está especialmente impedido de llevar a cabo, siendo suficiente el poder de los tribunales para proteger al individuo más humilde contra cualquiera intrusión en sus derechos y prerrogativas de parte del gobierno nacional o del de cualquiera de los estados, por más poderoso o popular que sea. *No derivamos del gobierno nuestra libertad civil ni el derecho de emprender un negocio; disfrutando de la libertad civil y del derecho de emprender negocios, hemos instituido un gobierno con el objeto de protegerlos y defenderlos.*

Sobre esta libertad civil del individuo están edificadas la vida, la civilización y la prosperidad norteamericanas. Hemos ofrecido al individuo la oportunidad de elevarse, de hacer fortuna en cualquiera parte que elija de la nación, de

gozar el fruto de su labor honrada y sus ganancias equitativas y desempeñar cualquiera posición social que sus condiciones y su educación le permitan dominar. Bajo este sistema no sólo hemos prosperado inmensamente sino que hemos formado una nación que ha atraído a los ambiciosos, desgraciados y maltratados de todo el mundo, en la esperanza y en la creencia de que encontrarían en los Estados Unidos las oportunidades que las circunstancias les negaban en otras partes. En el trascurso de ciento cincuenta años no hemos solucionado todos los problemas humanitarios ni hemos podido hacer a todos prósperos y felices; pero hemos realizado progresos enormes hacia este fin, despertando por tal motivo la envidia y la admiración del observador.

DEPRIMIR AL HOMBRE NO ELEVA AL HOMBRE

Donde exista la oportunidad individual habrá siempre desigualdad. No hay dos seres humanos que tengan precisamente la misma habilidad, igual tem-

peramento, los mismos gustos o análoga fuerza física. Esta es la razón de que ciertos individuos progresen con más rapidez y facilidad, que algunos obtengan mayor remuneración y otros se aprovechen mejor de las satisfacciones de la vida. El único medio de evitar esta desigualdad sería substituir la libertad por la tiranía, manteniendo a todos en un nivel inferior de progreso hasta donde pudiera alcanzar el más débil y peor dotado. Esto, sin embargo, es democracia falsa y no verdadera. Tal sistema atentaría a la libertad general de hombres y mujeres con el objeto de llegar a una igualdad falsa y artificial. La democracia comienza a degenerar cuando se convierte en una combinación del mediocre y del inferior para restringir y dañar al más idóneo y progresista. La igualdad que la verdadera democracia tiende a proteger y conservar es la igualdad de oportunidades, la igualdad de derechos y la igualdad ante la ley. Cualquiera clase de privilegios es tan contraria a la democracia como cualquier forma de tiranía. Toda explotación del

cuerpo o del alma de un individuo por sus semejantes es tan contraria a la democracia como la autocracia militar prusiana. Si hombres y mujeres han de ser libres, su cuerpo debe ser tan libre como su alma y su cerebro. Esto no puede realizarse si son simplemente instrumentos o juguetes que otro puede manejar a su antojo, ya sea aquel otro un individuo reinante o una despótica mayoría. Los problemas más difíciles y más persistentes que la humanidad tiene que afrontar son los que se relacionan con proteger al individuo contra la explotación y con evitar el aumento de privilegios sin destruir al mismo tiempo la libertad civil. No obstante, corresponde al progreso afrontarlos y encontrar la solución. Hecho que jamás debe olvidarse es que el deprimir al hombre no eleva al hombre.

Mas se nos arguye ahora que las desigualdades nacidas de la libertad son tan grandes y la disparidad entre los individuos tan marcada, que la libertad civil y la oportunidad individual deberían reemplazarse con el poder organizado del

Estado. Se nos asegura que el rumbo de la vida diaria, lo que comemos y bebemos, el manejo de nuestros negocios, lo que hacemos y utilizamos debe hallarse bajo la estricta vigilancia y dirección del Gobierno.

Ciudadanos, éste es el primer paso y el más peligroso en la vía de la autocracia y el militarismo. Tan pronto como un Estado llega a la cumbre del poder, presume fácilmente que todo le está permitido, desmoralizándose al extremo de que Prusia y el imperio alemán han dado muestra cabal. El Estado todopoderoso y desmoralizado no ve nada superior a sí mismo; no admite principios de equidad ni de justicia a que deba someterse; un Estado de tal naturaleza se considera a sí propio el único fin y juzga que aquello que le place hacer está bien hecho necesariamente.

La cuestión más premiosa que confronta ahora el público norteamericano, la cuestión sobre la cual se basan y de la cual dependen todos los problemas de reconstrucción y progreso, al pasar de las condiciones bélicas a tiempos norma-

les de paz, es decidir si hemos de avanzar conservando las tradiciones y principios de los Estados Unidos que han dado hasta ahora tan buenos resultados, o si hemos de abandonar tales principios y tradiciones substituyéndolos por un Estado erigido sobre la base de autoridad plena del Gobierno, en vez de fundarse sobre la libertad civil del individuo.

NECESITAMOS LA REFORMA SOCIAL,
NO EL SOCIALISMO

Todos aquellos que aspiran a un gobierno con plenos poderes son calificados de socialistas en definición general. Las palabras socialismo y socialista, aun cuando no alcanzan a un siglo, se han hecho últimamente muy comunes entre nosotros y se usan tan amplia y diversamente que es difícil expresar con exactitud la idea que representan. El socialismo, en el sentido lato, general y vago de la palabra, significa simplemente reforma social. En este sentido, todo hombre o mujer inteligente y partidario del progreso es socialista. Todos los que

juzgamos con criterio recto estamos ansiosos de mejorar las condiciones sociales, mejorar la higiene pública, aminorar las horas y la severidad del trabajo. aumentar la remuneración y contribuir a la dicha de los que desempeñan las pesadas tareas manuales en todo el mundo; incrementar y asegurar un capital contra las enfermedades, falta de ocupación y vejez indigente; usar de la facultad de imponer contribuciones públicas para la construcción de carreteras; multiplicar las escuelas; brindar informes y consejos a los agricultores y mineros; reunir colecciones de libros, de objetos bellos y artísticos para educación y recreo de las masas; mejorar las condiciones de las viviendas en las grandes ciudades y cuidar de que todas las cosas necesarias a la vida, como el agua, alumbrado y transporte, se suministren de la mejor calidad y al menor costo posible. Si por socialismo se entiende que el individuo no debe vivir aislado sino hacer uso de sus facultades, su capacidad y sus ganancias en beneficio de la colectividad y de sus semejantes, entonces todo ciudadano de

los Estados Unidos y todo cristiano es socialista, porque tales son los principios fundamentales de la vida norteamericana y de las enseñanzas del cristianismo. Todo esto, sin embargo, es reforma social, no socialismo.

FALSAS PROPOSICIONES DEL SOCIALISMO

El socialismo, en el sentido estricto y científico de la palabra, es, con todo, algo muy diverso de lo que acabamos de expresar. El socialismo no implica la reforma social sino la revolución social y política. Es la denominación de un sistema público determinado que se funda en ciertas proposiciones de orden histórico y económico cuya falsedad se ha comprobado, y llega a conclusiones radicales y de gran alcance en contradicción flagrante con la doctrina y los ideales de los Estados Unidos. El socialismo sienta las siguientes conclusiones:

Primera: que todos los esfuerzos del hombre, tanto en el pasado como en el presente, deben traducirse y explicarse en términos de su deseo de riquezas y

dos, hasta que los empleados no sólo derrotan a los patrones sino que los excluyan de todo lugar en la colectividad.

La doctrina de la lucha de clases es el tema de las salvajes enseñanzas de Karl Marx, hombre consumido por la pasión del odio. De él se ha dicho con razón:

No tenía religión, pues su padre le hizo cambiar del judaísmo al protestantismo a la edad de seis años; y él abandonó más tarde el protestantismo por un ateísmo agresivo, al llegar a la virilidad. Era un hombre exacerbado por la persecución, rabioso por el antagonismo, mordaz por la adversidad, irritado por el sufrimiento....Su pasión dominante e inspiradora era el odio, el odio en su forma virulenta y peculiarmente germánica....Era odio lo que le impulsaba a su enorme labor literaria; era odio lo que determinó su selección y su eliminación de hechos históricos para su descripción falseada de la Inglaterra industrial; era odio lo que fijó sus principios económicos, retorció sus argumentos, vició sus conclusiones....*Das Kapital* (1867) es el testamento impercedero de la animosidad marxiana....Es una obra de mitología dogmática, la fórmula de una nueva religión de aversión, el Corán de la guerra de clases.

La forma extrema de las doctrinas de Karl Marx es lo que Lenine y Trotz-

ky han puesto en práctica en Rusia durante el año y medio último con terrible resultado. En consecuencia, aquella gran nación, de porvenir ilimitado en otro tiempo, se encuentra ahora impotente como un niño y yace por el momento en ruina social, económica y moral, retrocediendo hasta la barbarie. Sus escuelas reorganizadas dedican gran parte del día a la educación en el ateísmo y a destruir toda huella de lo que orgullosamente se llamaba antes civilización. Rusia se había librado felizmente del cruel y tiránico zar que la gobernaba; pero ha encontrado en cambio, por desgracia, un pequeño grupo de autócratas igualmente crueles y violentos, cuya actuación hace parecer los manejos del zar juego de chiquillos. Por primera vez en la historia se ha ensayado, en inmensa escala y en escenario que todo el mundo puede contemplar, la aplicación práctica de las doctrinas y teorías de Karl Marx. Nadie que no se halle cegado por el odio o la ignorancia puede alimentar duda alguna acerca de la lección que el mundo ha re-

cibido con los sufrimientos inauditos de Rusia.

Esta doctrina de clases económicas permanentes y de conflicto de clases está en contradicción absoluta con la democracia. Niega el derecho común de ciudadanía y la igualdad de derechos y prerrogativas, estableciendo una clase privilegiada y explotadora a impulsos únicamente de la fuerza y el terror. Sabemos perfectamente que en los Estados Unidos no hay clases permanentes ni antagónicas, porque el obrero de hoy es el patrón de mañana. Entre nosotros el hijo del agricultor puede ser hombre notable en cualquiera profesión en alguna ciudad lejana; y el individuo que comienza a atender a su subsistencia como empleado de señales o de telégrafo, puede encontrarse fácilmente al cabo de pocos años de director de algún importante sistema ferroviario. Hace poco tiempo que tuvo el público ocasión de observar la circunstancia de que nada menos que diecinueve de los hombres que dirigían entonces los principales sistemas de transportes en los Estados Unidos habían

principiado su carrera como operarios al servicio de una u otra compañía ferroviaria.

Sabemos asimismo que la doctrina fundamental de ciudadanía norteamericana excluye en absoluto la noción de que el hombre gana prestigio o lo pierde en manera alguna en razón de su ocupación. Aquí todo hombre o mujer figura en el mismo nivel de igualdad política, y el voto del hombre opulento no tiene mayor importancia que el de otro hombre que en aquel mismo instante puede hallarse en busca de trabajo. En el estado socialista son fundamentales las clases económicas permanentes con intereses diversos y antagónicos. En el estado democrático quedan excluidas, por el contrario. Róbert Burns era el poeta de la democracia cuando cantaba:

El hombre es por todo esto un hombre.

Tercera: que en el curso del desarrollo económico, los ricos van aumentando gradualmente en riqueza y disminuyendo en número, en tanto que aumenta gradualmente la miseria de los pobres a la vez que se hacen todavía más numerosos.

Esta proposición se deshace fácilmente ante los hechos que demuestran que ambas premisas son del todo falsas en lo que respecta a los Estados Unidos.

Es la nuestra una nación donde más de veinte millones de hombres, mujeres y niños acaban de subscribirse al empréstito de la libertad.

Es una nación con más de dieciocho millones de viviendas ocupadas por veintidós millones de familias, aproximadamente.

Es una nación donde seis millones enteros de familias poseen propiedades sin gravamen, y otros tres millones son propietarios de bienes sujetos a hipoteca.

Es una nación donde más de doce millones de personas tienen depósitos en bancos de fomento, de valores o de ahorros, con un total de depósitos que asciende a más de seis mil quinientos millones de dólares.

Es una nación donde existen cerca de seis millones quinientas mil fincas rurales que alcanzan un valor de más de cuarenta y un mil millones de dólares, incluyendo edificios y equipo, y rinde una

producción anual de más de ocho mil quinientos millones de dólares.

Es una nación con más de doscientos sesenta y seis mil millas de vías férreas en operación, que transportan anualmente más de mil millones de pasajeros y más de dos mil doscientos veinticinco millones de toneladas de carga.

Es una nación donde se mantienen escuelas para el pueblo con un gasto total de cerca de seiscientos cincuenta millones de dólares al año, y asistencia de más de veinte millones de niños.

Es una nación donde existen más de tres mil bibliotecas públicas que guardan en sus estantes más de setenta y cinco millones de volúmenes para instrucción e inspiración del pueblo.

Es una nación cuya riqueza total asciende ahora a más de doscientos veinticinco mil millones de dólares, distribuyéndose esta riqueza en forma cada vez más equitativa y satisfactoria a impulsos de las fuerzas y principios que han guiado por tan largo tiempo y con resultados tan felices la vida norteamericana.

¡Quién se atrevería a intentar minar

los cimientos de estructura política y social tan noble y sugestiva como ésta!

Hace cuarenta años y algo más, cuando la doctrina del socialismo fué sistemáticamente difundida por Karl Marx, los alemanes y otros moradores del continente europeo, descontentos con las formas existentes de gobierno y de organización social, se apoderaron de los dogmas que preconizaba convirtiéndolos en programa político de su partido. Este programa formulado en Alemania, aun cuando había sido escrito en Londres, contradice punto por punto los ideales y la democracia norteamericanos. Invoca, no un programa de reforma social de acuerdo con los principios e ideales de los Estados Unidos, sino un programa de gobierno colectivo sobre la vida y ocupaciones individuales y sobre la remuneración individual, que destruiría por completo la vida de la nación. Erigiría sobre las ruinas de la democracia un Estado autocrático en que la tiranía de una mayoría temporal o de clase ocupara el lugar donde antes reinaba la tiranía de un monarca hereditario o de

una clase gobernante hereditaria. Los exponentes más radicales de esta doctrina no han vacilado en calificarse a sí propios apóstoles de la destrucción universal, como lo hizo Bakunine hace cincuenta años.

El partido socialista se opone particularmente a los tribunales de justicia, y la razón es fácil de comprender. Bajo el sistema de los Estados Unidos las cortes se han instituído para proteger la libertad civil contra la pasión, contra los desórdenes del populacho y contra asunción indebida de poder por las autoridades y agentes públicos. Todo esto es perfectamente desagradable para el socialista ortodoxo. Pretende imponer la supremacía de la fuerza sobre la libertad civil y destruirla sustituyéndola por un despotismo de su propia hechura. Los tribunales de justicia representan un obstáculo en su camino.

Los socialistas ortodoxos son internacionalistas de clase peculiar. En realidad no son internacionalistas sino más

bien antinacionalistas. No están a favor de relaciones internacionales más estrechas, más benévolas y más constructivas, como instrumento de justicia y de seguridad en el mundo, sino que procuran aquella forma de internacionalismo que extiende la conciencia de clase, la cooperación de clase y las contiendas de clase más allá de las fronteras nacionales, contribuyendo así a derribar aquellas fronteras. Por tal razón el socialista ortodoxo lógico es necesariamente anti-patriótico. No admite el patriotismo, porque lo considera un obstáculo para el triunfo y la difusión de la lucha y el principio de clase.

Esta distinción entre el internacionalismo falso y el verdadero debe tomarse en cuenta y apreciarse con claridad al formular la política mundial. Del mismo modo que las relaciones de familia fortalecen y enriquecen al individuo; que las relaciones de la comunidad fortalecen y enriquecen a la familia y las relaciones del Estado fortalecen y enriquecen a la comunidad; y que las relaciones nacionales fortalecen y enriquecen al Estado, las

relaciones internacionales legítimas enriquecen y fortalecen a las naciones unidas por tales vínculos. *Cualquier proyecto de sociedad de naciones que restringiera la iniciativa, la responsabilidad y el orgullo nacionales, actuaría simplemente como una camisa de fuerza sobre el progreso humano.* La verdadera y sabia sociedad de naciones será aquella que se integre con pueblos que deriven mayor fuerza, mayores recursos y patriotismo mayor de su nueva asociación y de las oportunidades que allí encuentren en provecho general.

No escasean indicios de que los adeptos al socialismo imaginan que sería más fácil y más rápido ganar terreno en los Estados Unidos por el método indirecto de implicarnos en una política internacional falsa, que por el método directo de procurar apoderarse de la maquinaria gubernativa por medio del sufragio. Esto explica por qué los socialistas y los que simpatizan en el fondo con aquella doctrina, sin proclamarla abiertamente, desean vivamente que Trotzky y Lenine sean reconocidos oficialmente jefes supremos de un gobierno

con el cual puedan mantener relaciones los hombres civilizados y honorables, salvando así al pueblo alemán, hasta donde sea posible, de las consecuencias de sus crímenes públicos y de su derrota militar. Si los ciudadanos de los Estados Unidos se dejaran extraviar hasta el punto de renunciar a su patriotismo histórico por un sentimentalismo humanitario, los socialistas habrían ganado a medias la campaña. Por tal razón nos corresponde vigilar escrupulosamente las medidas que el Gobierno se proponga adoptar en relación con la política internacional. Si se trata de establecer un núcleo de naciones poderosas, libres y conscientes, que mantengan estrechas y amistosas relaciones internacionales para preservar la paz del globo, perfectamente; *pero si se trata de destruir o debilitar a los pueblos con el objeto de instituir un grupo en que naciones históricas representen solamente una parte insignificante y donde se ahogue todo patriotismo y amor nacional*, entonces los norteamericanos deben protestar vigorosamente contra

tal política y medidas semejantes.

Lo que oponen hoy los ciudadanos de los Estados Unidos a la autocracia socialista no es el individualismo primitivo y antagónico del economista de ideas añejas, sino el individualismo cooperativo que tiende a nobles fines. No debe olvidarse que de la existencia del capital privado, que es únicamente otra denominación del ahorro particular, dependen las virtudes de la economía, la generosidad y el sacrificio. *La observación de que la generosidad consiste en el uso que se hace de la propiedad, es tan antigua como Aristóteles.*

Bajo las condiciones modernas, el capital privado tiende a la cooperación en forma mucho más noble y espontánea que cualquiera otro sistema de organización socialista. La corporación, con sus disposiciones sobre responsabilidad limitada para el miembro individual, es tan sólo un medio de estimular la cooperación de muchos en una causa común, y constituye uno de los adelantos mayores y más provechosos del

siglo pasado. Reúne en empresa común el total de labor o el total de ahorros de centenares, millares y aun decenas de millares de individuos, que de esta manera representan una sola unidad económica interesada en fomentar la producción eficiente y con derecho a repartirse la utilidad común. Bajo el sistema del capital privado la cooperación individual es libre. Bajo cualquier sistema socialista la cooperación que pudiera existir sería impuesta por la autoridad y llevada a efecto por el poder de la mayoría o grupo gobernante. Bajo el sistema del capital privado la cooperación individual, ya en forma de trabajo o de inversión, puede encaminarse como mejor le plazca. Es libre de disponer según su criterio de sus ahorros o de su labor. Bajo cualquier sistema socialista todo esto debe estar regulado y dirigido por la autoridad pública. La libertad individual desaparece.

Los Estados Unidos deben subsistir no sólo a fuer de nación donde hombres y mujeres pueden ser libres y

alcanzar cada vez mayor prosperidad, sino como nación y forma de gobierno donde puede formarse una personalidad, ejercitarse libremente la capacidad individual y promoverse la cooperación en gran escala, tanto en bien público como en provecho particular. A medida que el hombre se hace más moral y más inteligente, sus energías personales se concentran mejor en los intereses públicos. La ciudadanía no se agotará entonces en el ejercicio oficial de los derechos políticos o en simple actividad política. Se manifestará en términos sociales, económicos y morales. Hay millares y millares de personas que ilustran este hecho en toda la nación. No es probable que los Estados Unidos ni la humanidad en general alcancen un grado absoluto de perfección; mas hay razón de esperar que, bajo la influencia y guía de aquellos ideales y principios genuina e históricamente norteamericanos, cada generación marcará progreso renovado y creciente hacia la meta de mayor felicidad y goces para la humanidad.

El rasgo distintivo de los reaccionarios es la repugnancia a aprovechar las lecciones de la experiencia o a leer las enseñanzas de la historia aplicándolas a los problemas de actualidad. El reaccionario genuino, que siempre es egoísta, insiste en que sus propios sentimientos, deseos y ambiciones tengan la prioridad sobre cualquiera otra cosa que el resto de la humanidad haya dicho, hecho o registrado. *Pretende iniciar una nueva vida en un edén de su propiedad, con su serpiente particular y su manzana particular.* El verdadero progresista, por el contrario, es aquel que lee la historia atentamente y estudia con cuidado la experiencia humana para observar qué lecciones se han aprendido, qué errores no deben repetirse, y qué principios de organización y de conducta han demostrado ser sólidos y convenientes. Con este material edifica el progresista una estructura nueva y consistente, para responder a las necesidades de la época a la luz de la experiencia de otros tiempos.

La República de los Soviets

El próximo cuaderno de **RENOVACIÓN** será muy interesante para las personas que desean estar al corriente de las reformas que se han realizado en Rusia, y podrán apreciar la revolución re-
dentora de los trabajadores.

Publicará los siguientes trabajos:

1. Biografía autorizada de Lenin.
2. La verdad sobre Rusia.
3. Fundamentos sobre la dictadura del proletariado.
4. La nacionalización de las mujeres rusas.
5. La Revolución Francesa y la Revolución Rusa.
6. Rusia vista por un diplomático.
7. Terror rojo y terror blanco.
8. Perfil de Trotski.
9. Perfil de Sukow.
10. Instrucción pública en el régimen de los Soviets.
11. Los Bolshevistas y la Religión.
12. Tchichérin aristócrata y bolsheviki.
13. Socialismo constructivo.
14. El calabozo de Mr. Debs.
15. Doctrina Maximalista.
16. La Federación Americana del Trabajo.

La introducción de este cuaderno será una hermosa exposición de la labor cultural de las **EDICIONES RENOVACIÓN**.

Estará ilustrada con los retratos de los principales renovadores de la Rusia actual.—Editado por la casa **FALCÓ Y BORRASÉ**. Precio: UN COLÓN